

pádo un pliego, para que en caso de que él muriese, entrara en su lugar al gobierno el arzobispo de México D. Fray Payo Enriquez de Rivera, descendiente de los duques de Alcalá, que inmediatamente entró en el desempeño de su encargo, con el contento de todos los vecinos, pues sabian todos que sabria corresponder á su mision, segun el acierto con que habia gobernado nueve años la iglesia de Guatemala.

Efectivamente, el resultado correspondió á las esperanzas: el arzobispo virey tuvo un gobierno que el padre Cabo dice que puede servir de ejemplo á los siglos venideros, "porque en él supo templar la justicia con la mansedumbre y la liberalidad con la economía." Fué muy dedicado á las obras públicas, y en su tiempo se renovaron los empedrados de las calles, se construyeron varios puentes en las acequias de la capital y se reformaron algunos edificios ruinosos, renovó y concluyó el palacio de los vireyes, activó el trabajo del desagüe hasta dejarlo concluido; y en todo esto en lugar de notarse algun exceso en los gastos, mas bien hubo economía, pues merced á su cuidado para la administracion de las rentas reales, logró aumentarlas de manera, que pudo enviar cuantiosas sumas á la corte. En tiempo de este señor, se empezó á acuñar oro en la casa de moneda, que hasta allí se habia llevado á España en tejos.

En el año de 1676 se celebró en México la exaltacion al trono, del rey Carlos II que hábia salido de la menor edad: y en las fiestas que con tal motivo se hicieron se incendió el templo de San Agustin. El piadoso arzobispo sintió vivamente esta desgracia, y para remediarla, empleó su elevada posicion no solo como gefe de la iglesia, sino del Estado: salió á juntar limosnas para la reparacion del edificio y en un dia colectó veintidos mil pesos. Tal era el contento con que los mexicanos se veian gobernados por este ilustre varon. Y mientras todos hacian votos porque se prolongara su gobier-

no, él procuraba salir de él, porque su espíritu amante de la tranquilidad y el reposo, deseaba mas que los honores, evitar los peligros que traen consigo esas elevadas posiciones. Escribió al rey solicitando lo descargara del peso del vireinato, y aunque de pronto no accedia Carlos II por no privar á la Nueva España de un gobernante tan adecuado para su bienestar; pero al fin instado por el ilustre prelado, no solo lo relevó de esta obligacion, sino que tambien alcanzó de la corte de Roma, se le librara del peso de la mitra. Así quedó libre para volver á España, buscando el descanso de su espíritu y dejando á los mexicanos el sentimiento de haberse separado del gobierno, un amoroso padre para con todos sin escepcion de personas.

## CAPITULO XV.

### *Gobierno del marques de la Laguna.*

Para sustituir al Illmo. D. Fray Payo Enriquez de Rivera en el vireinato de México, de donde se separó con el general sentimiento, se nombró á D. Tomás Antonio Manrique de la Cerda, marques de la Laguna, quien entró á la capital el 30 de Noviembre de 1680. Al efectuarse este cambio de virey D. Fray Payo no solo se habia ocupado del ornato y mejora material de la ciudad de México y de distribuir la justicia en todos los pueblos que en su tiempo formaban el vireinato de la Nueva España, sino que tambien emprendia la pacificacion de las provincias sublevadas en el Nuevo México. Al recibir el gobierno el marques de la Laguna, recibió de su ilustrísimo



antecesor los antecedentes de esta jornada con que inauguró su administracion.

Mientras de México se dictaban las órdenes necesarias para la reconquista del Nuevo México, los españoles expulsos de aquel territorio se habian refugiado unos en el presidio del Paso del Norte, donde el gefe preparaba lo necesario para cuando tuviera lugar la expedicion, y otros se reconcentraron hasta Zacatecas. A principios del año de 1681, salieron de México las fuerzas destinadas á esta jornada y en Zacatecas se reforzaron con otras mas á las que se agregaron las familias de los primeros pobladores expulsos en la sublevacion del año de 44. [1] Al mando de estas fuerzas iba D. Diego Vargas, que llegando al Paso del Norte, con los informes de los gefes de aquel presidio, emprendió una campaña que fué sangrienta á causa del orgullo que envalentonó á los naturales en su primera guerra y al ódio que se tuvo al nombre español y que se conservó todo el tiempo de su dominacion. Los indígenas se negaron á toda clase de proposicion de paz y viendo esta invencible resistencia los españoles, entraron talando sus sementeras y quemando sus poblaciones; pero los indios se fortificaban en las inaccesibles cumbres de las montañas, de donde bajaban en un momento oportuno y presentaban terribles y sangrientas batallas á sus invasores. Viendo el marques de la Laguna, las dificultades que habia para conservar aquel territorio en esta incesante lucha, mandó reforzar la guarnicion de los fuertes que se habian establecido, y poblar el presidio de Santa Fé con trescientas familias de españoles y mulatos á quienes se les repartieron terrenos, concediéndose al lugar el título y los honores de Ciudad. De esta manera pudieron conservar ya todo lo conquistado, aunque á costa de una continua campaña para contener los constantes esfuer-

[1] *Freges cong. del N. México pag. 243.*

zos que los naturales han hecho para sacudir el yugo, al cual han permanecido substraídos, viviendo en la barbarie y manteniendo una guerra de exterminio muy perjudicial para el progreso de aquellos pueblos.

En este tiempo tuvo tambien lugar la fundacion del primer colegio de propaganda en la Sta. Cruz de Querétaro: y aunque no con la estension que la materia lo demanda por su importancia, en cuanto lo permitan los límites del plan que nos hemos propuesto, daremos idea de esta fundacion; así porque ella y las demas de su clase fueron las que pasaron hasta nuestros dias manteniendo en vigor las instituciones monásticas, como porque en nuestra época y principalmente en el término que hemos señalado á estos trabajos, tendremos que ver figurar de un modo muy notable tanto la ciudad de Querétaro, como el convento de la Cruz, donde se vino á terminar el desenlace del segundo imperio mexicano despues de recobrar su independencia que por tres siglos estuvo encadenada al trono de España. La ciudad de Querétaro distante como cincuenta leguas al noroeste de México, está situada en un terreno fértil y ameno, con tan agradable clima, que muchos antiguos viajeros le han dado el nombre de paraíso de la América. Como ya en otra parte hemos indicado, en este lugar se fundó un pueblo en tiempo del primer Moctehuzuma, el famoso monarca azteca apellidado Ylhuicamina, donde siendo la frontera del grande imperio, se mantenía una guarnicion mexicana, para sujetar á los chichimecas y otomites, que no quisieron reducirse á vida civil. Despues de la conquista de México, se hizo la de este territorio por el otomite D. Fernando de Tapia en una batalla que se ganó por los conquistadores, en 25 de Julio de 1531, por cuya causa desde que se fundó la ciudad, se declaró patrono de ella el apóstol Santiago, en cuyo dia fueron vencidos los naturales de aquella tierra en la loma del Sangrenal, en el mismo sitio que despues fué destinado para fundar el colegio



de que al presente nos vamos a ocupar. Junto a la ciudad está el pintoresco y hermoso sitio que llaman la Cañada, donde se disfruta de todos los encantos de la naturaleza pues graciosas fuentes juguetean entre los frondosos bosques; y un aire puro y delicioso se respira entre las huertas y jardines, en que son abundantes las frutas más delicadas y las flores que con sus perfumes embalsaman el ambiente. De las quebradas de este vergel, baja una corriente que forma un río y fué el que dividió la población de los conquistadores y conquistados: al Sur se fundó la de los primeros, que es la que se conoce con el nombre de Querétaro; y al Norte quedó el pueblo de los naturales, donde se puso después el curato de San Sebastian. A pesar de ser una ciudad de las más populosas, sus extensas calles se mantienen en un respetuoso silencio, y hasta poco antes del famoso sitio con que dará fin la materia de esta obra, la ciudad entera tenía un aire melancólico de magestuoso recogimiento, a causa de sus muchos templos y conventos de religiosos de ambos sexos, que respectivamente son en número superior al de todas las demás ciudades de este país.

En su parte oriental está el primero el convento de la Cruz de los misioneros *de propaganda fide* que es el de que vamos a ocuparnos: al centro de la ciudad y dando vista a la plaza principal llamada del Recreo, está el convento de religiosos franciscanos, primeros apóstoles de la religión cristiana, cuyo templo ha servido posteriormente de catedral a la erección de aquel obispado: hay también conventos de Santo Domingo, el Carmen, San Diego, la Merced y San Agustín, cuya fábrica es una de las obras maestras del orden arquitectónico: la parroquia de Santiago y el templo llamado de la Congregación que es uno de los primeros santuarios dedicados a la madre de Dios bajo el título de Guadalupe: había conventos de religiosas de Santa Clara, Carmelitas y Capuchinas, cuyos muros sirvieron de última prisión a Fernando Maximiliano, segundo

Emperador de México y de donde salió acompañado de dos de sus más famosos generales, para consumar el sacrificio del Cerro de las Campanas, pequeña colina artificial que está a la orilla occidental de la ciudad, formada en la antigüedad por los naturales de aquel lugar, para tributar veneración a sus divinidades, y que después quedó convertida en un cerro, como el de la pirámide de Cholula y los templos de San Juan de Teotihuacan. También hay los templos de Santa Rosa y Santa Teresa donde hay edificios anexos para beaterios: el seminario de San Francisco Javier fundado por el Lic. D. Juan Caballero y Osio, que estuvo a cargo de la compañía de Jesús y que en los últimos días ha servido para educar a los huérfanos, establecimiento que ha corrido al cargo del respetable Sr. cura Guizasola, cuyo celo por el bien de aquellos niños desvalidos, le ocasionó verse amagado de muerte y ultrajado hasta el grado de cambiarle su traje sacerdotal por el uniforme de recluta y hacerle empuñar el fusil, en lugar del libro sagrado donde se encierran las máximas de la eterna sabiduría. Fuera de la ciudad y a distancia de menos de una legua, está el lugar conocido con el nombre del Pueblito: en él había también convento de religiosos franciscanos; y en su templo se da culto a una imagen de la Virgen María, que bajo el título de Nuestra Señora del Pueblito, es el objeto de la más tierna y reverente veneración de aquel devoto pueblo.

Dada esta ligera idea de la ciudad donde está el convento de la Cruz, primer colegio apostólico de *propaganda fide*, daremos también una mirada rápida sobre el fundador de este monasterio. Este fué el venerable Fray Antonio Linaz de Jesús, natural de la villa de Artá en la isla de Mallorca. Desde sus primeros años en que recibió las primeras semillas de una cristiana educación dada directamente por sus padres, indicó su despejada inteligencia que unida a un carácter dulce y afable y a un generoso corazón bien dispuesto para la virtud,



lo hacian agraciado en su trato, modesto en sus acciones y acreedor á la general estimacion. Despues de recibir de boca de sus mismos padres los primeros rudimentos de su educacion, entró á recibir la enseñanza de los religiosos franciscanos del convento de la misma villa de Artá, donde aprendió la gramática y retórica, aventajándose siempre á sus discípulos; y á la edad de diez y siete años entró al noviciado en el convento de Jesus, que los religiosos franciscanos tenian á estramuros de la ciudad de Palma, capital de la provincia de Mallorca. Allí tomó el hábito de la religion seráfica y concluyó sus estudios de artes y teología, despues de lo cual recibió las sagradas órdenes.

A los veinticinco años de edad se le concedió la aprobacion para predicar, lo cual empezó á hacer con notable aprovechamiento de sus oyentes, porque el Señor que lo habia destinado para vaso de eleccion, depositó en él los talentos de una esmerada instruccion y de la uncion fervorosa con que atraia el corazon de los que lo escuchaban, á la práctica de la virtud. Así empezaba á entrar por el camino que debe llevar un perfecto religioso, satisfecho de cumplir los mandatos que le prescribia su regla, y mas porque con su ferviente predicacion, como otro nuevo Eliseo multiplicaba el aceite de la viuda de Sarepto, que se recogia en los vasos de los corazones que lo oian. En medio de las abstinencias de la vida cristiana y las mortificaciones á que en mas alto grado tenia que entregarse por su estado de religioso, vivia como en un jardin delicioso aspirando la suave fragancia de las flores que crecian en la humildad de su corazon; pero en medio de aquel florido Eden, salió á su encuentro la antigua serpiente, que con su astucia propia supo inocular en su sencillo corazon, un soplo de vanidad, que no reprimido oportunamente fué el gérmen de grandes desórdenes, que mas tarde formaron un fondo oscuro para que mas resaltaran los vivos colores de sus heroicas virtudes. Pre-

tendió entonces servir una cátedra para recoger algunos áulicos laureles, con los cuales se haria mas vistosa la palma de sus victorias, en la predicacion evangélica. Este tósigo disimulado con el colorido de la virtud, pasó desapercibido á los ojos del docto predicador, y fué creciendo mas en su pecho el fuego de la vanidad por su propia estimacion, que el de la gloria del Dios objeto de sus predicaciones.

Aun no habia logrado su intento el padre Linaz, cuando el año de 1664 pasaron á Roma para el capítulo general, unos religiosos de la provincia de Michoacan, de los cuales fué nombrado comisario especial para juntar una mision, el padre Fr. Juan Gutierrez de la Fuente, á quien fué agregado como compañero el padre Linaz, que con la bendicion de su prelado, pasó como misionero al territorio de la N. España. Llegado á su nueva provincia de Michoacan, se le presentó la ocasion de lograr lo que no pudo conseguir en la de Mallorca, con la fama de su bien cultivada capacidad y de su aprovechamiento en las ciencias, se le encomendó luego al padre Linaz que leyera la cátedra de artes, que desde luego comenzó en el convento de Santiago de Querétaro. Como el padre lo habia previsto así sucedió, porque sirvió con tal lucimiento la cátedra, que pronto se divulgó su fama por todas partes, y tanto dentro de su convento, como fuera por motivo de la predicacion, hallaba diariamente motivos para contentar el orgullo de su vanidad; y esto lo hizo dedicarse mas al estudio, que á la oracion y mortificacion de sus sentidos, y distraerse cada dia mas del ejercicio propio de su religion. Concluido el curso de artes que dió en el convento de Querétaro, fué nombrado para dar otro en la ciudad de Celaya, en el convento de la Purísima Concepcion, y pronto se le nombró tambien como lector de Teología.

Los triunfos escolásticos que habia obtenido y la fama que por todas partes adquirió como insigne predicador, lo retira-



ba á cada paso de la vida abstigente y mortificada á que estaba obligado, por la severidad de la regla á que voluntariamente se habia sujetado: esto lo determinó á interponer blandas y delicadas ropas entre su cuerpo y la tosquedad de su sayal, á usar de muebles y alhajas que pugnaban con su voto de humildad y pobreza, á dedicarse á distracciones peligrosas; y como era consiguiente á este género de vida, pronto se cambió en una escandalosa prostitucion, tanto mas culpable cuanto era mas estrecha su obligacion de ser santo y perfecto.

Así se hallaba el P. Linaz, en lo mas florido de su edad, colmado de honores y consideraciones, favorecido con el cariño de los hombres doctos y de un gusto delicado en la sociedad, satisfechos á la par que su vanidad sus instintos sensuales, y muy contento del género de vida que llevaba, como si el hombre fuera pura materia y no tuviera otra mision que contentar sus sentidos y halagar sus placeres.

Sumergido en este abismo de lamentable corrupcion se hallaba el P. Linaz, cuando una noche en su convento de Celaya, se habia entregado á un profundo sueño despues de sus criminales distracciones; no pasó mucho sin que lo despertara el ruido de unos pasos, que se acercaban á su lecho, á la vez que la pieza estaba llena de luz: y sobrecogido de terror por tan inesperado suceso, se incorporó en su cama al mismo tiempo que descorriéndose la cortina, se presentó á su vista un horrible esqueleto, vestido con hábito de tela cenicienta y llevando en su descarnada mano, una candela que producía la pálida luz que alumbraba la celda del religioso. El autor de la crónica de los colegios de propaganda, dice: "No le habló sensiblemente aquel esqueleto espantoso; pero aquellos lúgubres aparatos le hablaron tan al alma, que obraron en su conturbado corazon, maravillosos efectos. Duró algun tiempo la presencia del esqueleto mudo; y habiéndose dejado ver, volvió á correr la cortina y dejó á oscuras al religioso."

Yo habia oido referir este acontecimiento hace muchos años, al Sr. D. Pedro Escovar, recomendable abogado de la ciudad de Durango, ignorando de qué fuente tomaria su conocimiento; pero en su relacion hace poner en boca de aquel respectivo, una reconvencion seria por excesos á que habia estado entregada la vida de Fr. Antonio. Este en aquella aterradora vision, conoció en toda su deformidad la pálida imagen de la muerte: vió abrirse las puertas de la eternidad; y á la luz de su razon, descubrió el infeliz estado de su conciencia, que por el amargo recuerdo de sus pasadas faltas, le traspasaba su corazon como un penetrante dardo. Aquel corazon que hasta ahí se habia manchado con tan graves infidelidades, en aquel momento quedó renovado y desde entonces, renunciando el P. Linaz á todas las locuras y vanidades que por muchos años lo trajeron desviado de su centro, empezó una nueva vida que fué el principio y fundamento de los colegios apostólicos. Empezó por separar de su celda, cuantos objetos tenia acumulados para el regalo y comodidad de sus sentidos, con menzua del voto que en su profesion habia hecho á Dios, de renunciar estas superfluidades por abrazar la pobreza del evangelio; se apartó de las distracciones criminales para entrar en un religioso recogimiento; é impulsado por la gracia para predicar la divina palabra, lo hacia con la uncion que el poder del Altísimo, da siempre á la palabra de los que evangelizan.

Ocupado en estos edificantes ejercicios pasó algun tiempo, hasta que por haber sido nombrado custodio de la provincia para asistir al próximo capítulo general, pasó á Europa el año de 1679, ocupándose en todas partes de la predicacion, movido siempre del bien espiritual de las almas. Inquieto su espíritu, porque despues de mas de un siglo que los resplandores de la luz del evangelio alumbraban este suelo, permanecian muchos pueblos en la idolatria y muchos cristianos conservaban una absoluta relajacion de costumbres, sentia un irresistible



ble impulso para dedicarse al ejercicio de las misiones, en cuyo propósito creía confirmarlo la circunstancia de que abriendo algunas veces la escritura sagrada para consultar en sus sentencias la voluntad de Dios acerca del género de vida que debía adoptar los textos que se le presentaban á la vista favorecían su intento para llevar adelante esta resolución.

En Madrid hizo presente al Padre general Fr. José Jiménez de Samaniego, la necesidad que habia en América de aumentar los obreros evangélicos para cultivar los extensos campos, donde se perdía una abundante cosecha, y le instó para que le diera doce compañeros, con que venir á los lugares mas poblados de infieles, como era la Sierra gorda, para procurar la civilización de tantos desgraciados que aun permanecían presos en las tinieblas del paganismo. El Padre Jiménez queriendo corresponder al celo con que Fr. Antonio procuraba el bien espiritual de sus semejantes, accedió sin dificultad; pero cuando llegaba ya el caso de señalar los colaboradores de esta predicación, y habiendo meditado el caso con toda la madurez que la gravedad del caso exigía, le hizo observar el padre General, que aunque la obra se llevara al mejor término posible, una vez consumidas las fuerzas de los obreros, quedaria la mies espuesta á la irremediable pérdida: y que para tener una fuente inagotable con que regarla en todo tiempo, era lo mejor fundar un colegio apostólico de misioneros, para lo cual pidiera el real permiso.

Con este beneplácito que fué confirmado por la patente del padre general de 29 de Octubre de 1681, nombrando á Fr. Antonio Linaz comisario delegado para el arreglo de este negocio y prelado de los religiosos con que se estableciere el proyectado colegio, se presentó ante el Consejo de Indias, solicitando el permiso de la fundación en la Villa de San Juan del Río ó en la de Córdoba ó de Orizava, y practicadas todas las informaciones, el rey Carlos II, en Cédula fechada en A-

ranjuéz á 18 de Abril de 1682, concedió el permiso que se solicitaba, dejando solo al arbitrio del P. general la designación del convento; que fué señalado despues por este prelado, el convento de la Santa cruz de Querétaro, que era una recolección á cargo de los padres franciscanos de aquella ciudad, fundada alli con objeto de cuidar mejor del culto de la Santísima Cruz que era tan tiernamente venerada de todo aquel vecindario.

El S. Inocencio XI en su Breve apostólico dado en S. Pedro de Roma á ocho de Mayo del mismo año de 82 confirmó todo lo hecho en este negocio y decretó la canónica erección del colegio apostólico de propaganda fide segun las constituciones que para el efecto fueron formadas y presentadas á su Santidad por el P. Fr. Miguel Cevallos procurador general de la Curia y encargado especial de representar en esta solicitud, á los padres Samaniego y Linaz. Este último, prevenido ya con estos despachos, solicitó compañeros, que tuvieran el celo y la resignación necesaria para la obra que iban á emprender en favor de la causa de la civilización y adelanto de unos pueblos encadenados en la esclavitud de los errores del paganismo.

Reunida esta espiritual milicia, que á costa de los mayores sacrificios se proponia enarbolar el glorioso estandarte de la Cruz en los lugares donde aun imperaba la barbarie gentil, se dio á la vela en las costas de Cádiz el 4 de Marzo de 1683 que ese año fué miércoles de ceniza, y en fines de Mayo, llegó la flota á vista de la ciudad de Veracruz, que se hallaba consternada por estar muy reciente la mayor calamidad que ha sufrido desde su fundación, y fué el saqueo, que de ella hicieron los piratas franceses al mando de Nicolas Agramont y Lorenzo Jacome, llamado vulgarmente Lorencillo, apodo que despues se aplica á todos los gefes de las gavillas que tienen por oficio entregarse al vandalismo y al pillaje.

El lunes 17 de Mayo de ese año de 83 se dejaron ver en

CAPILLA  
BIBLIOTECA  
U. A.



las aguas que bañan los muros de Veracruz, dos velas que indicaban su llegada al puerto, circunstancia que no llamó la atención, porque en aquellos momentos se esperaba la flota de que hemos hablado y de cuya salida ya se tenía noticia a principio de Marzo, del puerto de Cadiz. Al anochecer, se perdieron de vista las embarcaciones, saliendo fuera del puerto, circunstancia que infundió luego sospechas al jefe del castillo de San Juan de Ulúa, indicándolo así al gobernador de la ciudad, quien mandó acuartelar todas las compañías, guarnecer todos los baluartes, aumentar los centinelas apostados y distribuir varias rondas en la ciudad que eran visitadas por el personalmente; pero toda esta vigilancia no fue tan eficaz como habría sido preciso, porque faltó a la hora del peligro y la ciudad fue presa de la mayor desolación.

Los piratas favorecidos por las sombras de la noche, pusieron sus embarcaciones fuera de los tiros de la plaza y del castillo; y en piraguas se trasladaron a la costa a una legua distante de la ciudad. De allí marcharon sobre la plaza doscientos hombres al mando de Lorenzo Jacome, y dirigidos por algunos prácticos en el terreno, que eran unos piratas que años antes habian estado prisioneros. Eran las doce de la noche y una profunda calma reinaba en la ciudad; el efecto de los primeros temores desapareció con las precauciones tomadas al anochecer; la vigilancia dejó de ser mas efectiva cuando mas necesidad habia de ella; y las puertas de la ciudad, estuvieron francas para sus enemigos, que sin ser sentidos, llegaron hasta apoderarse de las primeras calles y observar la disposicion de la guarnicion, para dar su ataque de una manera mas segura. Viendo Lorencillo la facilidad con que habia llegado hasta allí, dispuso que marcharan otros seiscientos hombres que habian quedado en la playa con Agramont; y esperando la hora de la madrugada en que el sueño es mas profundo, particularmente en los países calidos, distribuyó su fuerza de manera

que el ataque á todos los puntos guarnecidos fuera simultáneo. El capitán D. Jorge Algara, el sargento mayor Huidroyo y un soldado castellano, fueron los que primero sucumbieron al fuego de los asaltantes, quienes con la sorpresa, fácilmente se apoderaron de todos los puntos fuertes y en un momento fueron dueños de la ciudad, por donde se dividieron en diversos grupos. El vecindario se atemorizó de tal manera, que ni siquiera pensó en la defensa; y si alguna persona llevada del espanto ó movida de la curiosidad, salia á la calle ó se asomaba por alguna puerta ó ventana, pagaba con la vida su indiscrecion.

El primer punto á donde se dirigieron, fué á los almacenes del gobierno, donde se apoderaron de todo el armamento que les pareció conveniente; despedazando el resto, é inutilizando todos los pertrechos de guerra de que no creian necesario proveerse. En seguida unos se dirigian á las casas de los mas ricos vecinos y á los conventos, mientras otros repartidos en toda la ciudad robaban cuanto se les presentaba, aprisionando á los habitantes, que sin distincion de clases, sexos ni edades eran conducidos á la plaza para reunirlos á todos en una prision comun, para lo cual se eligió la iglesia parroquial. Allí ellos hicieron entrar á toda la desgraciada multitud que habian asinado en la plaza, cuyo número fué sucesivamente aumentando con las demas personas que aprehendian posteriormente. La opresion en que todos estaban, que ya no les dejaba libertad ni de variar de situacion, y por la cual aun se ahogaron varios niños y mujeres; el calor y la fetidez de aquella aglomeracion de cuerpos; la conviccion en que todos estaban de ser víctimas del furor de aquellos matvados; y los tristes clamores de aquel pueblo afligido, llenaban de espanto. Pero como para los corazones endurecidos y posesionados de la avaricia, nada pueden las desgracias de los semejantes, ni las lágrimas del oprimido; y antes se solazan en acrecentarlas

CAPILLA  
BIBLIOTECA  
U. A.